

EL AUGE DE LA NOVELA NEGRA

Spade y Marlowe en la calle Conde de Asalto

CRISTINA PERI ROSSI

NO todo sigue como estaba: la Editorial Bruquera inició una nueva etapa, hace ya un tiempo, para regocijo de los lectores que hay; comandada por un equipo más joven y dinámico, está dispuesta a demostrar que por un precio económico (el de su colección Libro Amigo) en España hay lectores para Louis Ferdinand Celine, Salinger, Virginia Woolf o Cesare Pavese. Soplan aires de renovación en la casa y prueba de ello fue un original homenaje dedicado a la novela negra, cuyos títulos más importantes ya han sido publicados en la colección policíaca de Libro Amigo.

Fantasmas del pasado o según pasan los años

El martes, a las ocho de la noche, en un largo pasaje de la calle Conde del Asalto, en Barcelona, el abundante público que había acudido a la invitación de la Editorial Bruquera, más un número indeterminado y nutrido de curiosos, se encontró con un espectáculo insólito, nostálgico y talentoso: el pasaje, lleno de pequeños comercios, vitrinas, escaleras y sótano, estaba ocupado por figuras directamente extraídas de las novelas de Chandler, o de las famosas películas que se hicieron con ellas. A la entrada, un inconfundible iniciático Malloy, con su metro noventa y cinco de estatura, recibía al público, que desde este momento se toparía con un juvenil Robert Mitchum metido en el gabinete de trabajo de Marlowe, escucharía dispa-

ros precedentes de algún misterioso cubículo, oíría gritos de mujer y se pasearía, bajo los efectos de una insinuante luz rosada, entre garitos donde se juega al póquer, pelirrojas damas que fuman en larguísimas boquillas y tipos rudos, pero con un alma leal, estilo Bogart. En algún piano antiguo, con adornos dorados, como corresponde a Casablanca, por ejemplo, se pudo escuchar el inconfundible jazz de la época; foulards claros de raso y vitrinas con revólveres, más algún muerto simulado recomponían este viaje al pasado, y demostraban que para muchos de los asistentes, aquel tiempo hubiera sido mejor.

La iniciativa fue muy bien recibida y creo que ha sido un homenaje singular y divertido, con el cual todos nos regocijamos. Los organizadores confesaron que fue bastante difícil convencer al propietario del pasaje que alquilara los locales para tan insólito

espectáculo; seguramente, los nombres de Philip Marlowe, Chandler, Hammett o Lauren Bacall no le decían nada.

El resto del homenaje fue más tradicional: dos mesas redondas (con la presencia de Juan C. Onetti, entre otros) y la proyección del film "The Blue Dahlia", con guión del propio Chandler, más debate posterior.

Ellos escribieron mejor

Como otras cosas, el auge de la novela negra llega a destiempo a España, donde, por lo demás, hay muy pocos cultivadores del género. Sólo Manolo Vázquez Montalbán, el múltiple escritor y uno de los humoristas más brillantes, se ha animado por los senderos del género contemporáneamente. No debe extrañar: las condiciones históricas y sociales bajo las cuales la novela policíaca negra alcanzó sus cotas mayores de calidad,

en los Estados Unidos, son ciertamente irreproducibles. Hammett escribió sobre la difícil vida de los años de la depresión económica (la gran crisis del 29), sobre personajes que matan con los medios de que disponen y no con pistolas cinceladas a mano, curare o peces tropicales, como solía suceder en la novela policial con pretensiones de sofisticación. La novela negra dio un paso adelante al desarrollar los motivos psicológicos y sociales de la violencia; en ella, la culpa, las transferencias del subconsciente y las diversas formas del poder, la ambición y la corrupción son las motivaciones reales del delito. "El escritor realista de este género —analizó el propio Chandler— escribe sobre un mundo en que los pistoleros pueden gobernar naciones y casi gobernar ciudades, en que los hoteles y casas de apartamentos y célebres restaurantes son propiedad de hombres que hicieron su



Manuel Vázquez Montalbán, autor también de la serie negra, y Juan Marsé.



Los participantes en los coloquios en pleno: Carlos Barral, Leopoldo Azancot, Jordi Gubern, Juan Carlos Onetti, Lourdes Ortiz, Manuel Vázquez Montalbán.



La clásica oficina del detective privado, tantas veces mostrada en las películas de la serie B norteamericana, reconstruida para la exposición barcelonesa.

dinero regentando burdeles; en que un astro cinematográfico puede ser el cerebro de una pandilla y el hombre simpático que vive dos puertas más allá, en la misma planta, es el jefe de la banda de quinieleros clandestinos; un mundo en que un juez con una bodega repleta de bebidas de contrabando puede enviar a la cárcel a un hombre por tener una botella de un litro en el bolsillo; en el que el

intendente de la ciudad puede tolerar el asesinato como instrumento para ganar dinero; un mundo en que uno puede presenciar un atraco a plena luz del día y ver quién lo comete, pero retroceder rápidamente a un segundo plano, entre la gente, en lugar de dársele a alguien, porque los atracadores pueden tener amigos de pistólas largas, o a la Policía no gustarle las declaraciones de uno. (...) No es

un mundo muy fragante —dijo Chandler—, pero es el mundo en que vivimos, y ciertos escritores de mente recia y frío espíritu pueden dibujar en él tramas interesantes y hasta divertidas”.

Quiénes son

Esos escritores inteligentes que sacaron al género del suburbio de la paraliteratura (toda vez que el consumidor de un producto se convierte

en el factor decisivo de producción, nos hallaremos probablemente ante un subgénero, por el arsenal de convencionalismos y códigos intransigentes que se respetan) fueron Dashiell Hammett —sin duda, el maestro—, Raymond Chandler, Horace McCoy, Ross Mac Donald y Chester Himes. Lo mejor de ellos es que pueden ser leídos por quienes no sienten ninguna atracción por el género, ya que, como todas las obras importantes, valen mucho más porque las convenciones que se saltan que por la retórica y los códigos que respetan. El “Largo adiós”, de Chandler, por ejemplo, es una obra para disfrutar aun desinteresándose de la trama; si bien me parece que la afirmación de Oswaldo Soriano, en el coloquio (dijo que era una de las cuatro o cinco novelas más importantes del siglo) es exagerada, no hay duda de que puede competir con excelentes novelas de otros géneros, o sin géneros, por aquello que tienen precisamente las obras más importantes: escapan a la clasificación tipológica.

La finalidad exclusiva de la novela policial tradicional era entretener, proponernos un juego lógico donde lo único que importaba era descubrir quién es el asesino; tan es así, que las numerosas colecciones del género recibieron una denominación común: se las llamó “Whodunnits”, o sea, “¿Quién fue?”. Producidas en grandes cantidades, editadas en papel ordinario y a precios muy económicos, reunían las mínimas exigencias narrativas y cumplían con el propósito de entretener sin más al lector.

Este no se acercaba a esos productos buscando una metáfora del mundo, ni una forma de conocimiento, ni una experiencia transformadora; el auténtico aficionado buscaba una narración cuyo fin era la identificación del autor de un crimen y su satisfacción dependía de la sorpresa que le proporcionara el desenlace. ▶

RAMON

EL PAIS
TIENE EL
GOBIERNO QUE
SE MERECE



Si...



¡Y LA
OPOSICIÓN!



NOVELA NEGRA

Hacia 1930, en cambio, se produce un interesante fenómeno: la eclosión de la novela negra, que propondría, sí, una metáfora del mundo, una interpretación de la realidad. La gran contribución de estos maestros a la novela policíaca y a la literatura fue su precisa observación del entorno, la incorporación del realismo, la descripción del medio urbano. Dejaron al margen toda sofisticación y reprodujeron el lenguaje duro de unas vidas tensas y violentas. Extraer el crimen del jarrón veneciano y ubicarlo en el callejón (metáfora con la que Chandler define lo que hizo Hammett) significaba crear tramas reales, motivaciones auténticas para la violencia, recrear el lenguaje de las clases sociales y movillar impulsos y pasiones que representan psicologías.

Este cambio de actitud, la irrupción violenta del realismo en la novela policial, proporcionó una imagen de la sociedad norteamericana implacable, severa y fiel; el género se hizo más duro, más cruel, menos sentimental. Ya no se trataba sólo de descubrir quién había matado a John Smith en su fiesta de cumpleaños, en el restaurante de moda, sino un entramado social y psicológico complejo y siniestro como la vida misma. Con los grandes maestros de la novela negra, más que el ¿quién fue? importa el por qué y a causa de qué fue.

Chandler imprimió a los diálogos una fuerza punzante, irónica, mordaz. Sus contrapuntos con los personajes femeninos —que luego inmortalizaría en la pantalla el genial actor Humphrey Bogart, contando muchas veces con el auxilio de la incomparable Lauren Bacall— crearon un nuevo tipo de seducción: una descortesía abierta, aparentemente desmitificadora, donde el elogio era una crítica solapada, y vi-

ceversa: la crítica podía ser la mejor manera de conquistar. Por supuesto, esto también fue una retórica, pero una nueva retórica. (Mistress Regan: "No veo que haya motivos para andar con tapujos —salto—. Y no me gustan sus modales". Marlowe: "Los suyos tampoco me entusiasman demasiado —dije—. Yo no deseaba venir aquí; usted me llamó. Me tiene sin cuidado que se haga la elegante delante de mí o que desayune con whisky. Tampoco me importa que enseñe las piernas. Son piernas preciosas y de gusto contemplarlas. Me importa un bledo que no le gusten mis modales. Son bastante detestables y lo lamento durante las largas veladas de invierno. Pero no intente sonsacarme". Raymond Chandler, "El sueño eterno".)

Por supuesto, en esta nostalgia por la época de la novela dura y sus personajes, o en la mistificación de Marlowe o Spade, aflora un romanticismo complaciente. Los antihéroes de la novela policial dura (esos detectives solitarios, fracasados, amargos pero sentimentales en el fondo, defensores de un orden muy poco convencional) son una imagen idealizada de usted y yo: su justicia no es la del mundo, aman a los débiles, a los marginados, tratan con rudeza a las rubias sofisticadas (que en el fondo casi nunca son malas muchachas) y beben copiosamente, porque están solos y ya no creen en nada. Como usted, como yo. Por eso, mucho más que detectives, son nuestros hermanos idealizados, y disfrutamos tanto cuando los vemos actuar, desganados y duros, con un cierto aire nostálgico. Han perdido la confianza en el mundo, y de noche, cuando regresan al hogar, juegan solos al ajedrez, porque aquello tampoco es un hogar: la soledad es su destino. Son la proyección romántica de nuestro propio desengaño. ■